

A portrait of Ugo Rondione, a man with a grey beard and hair, wearing a black t-shirt and a necklace with a small pendant. He is looking slightly to the right of the camera. The background is dark with some blue lighting on the left side.

Ugo Rondione posa en exclusiva para ICON en París. A la izda., su instalación en el Petit Palais y, en una imagen de archivo, junto a John Giorno.

24 **El recuerdo y el desacuerdo**

El artista suizo Ugo Rondinone es un contestatario que juega con los opuestos y se nutre de lo más íntimo: el amor y la pérdida

Apertura

Texto
Ianko LópezFotografía
Audoin Desforges

“EL PUNTO DE INFLEXIÓN fue 1988, cuando todavía era estudiante en la Academia de Arte de Viena y mi novio, Manfred Welsch, murió de sida. Después de un tiempo de conmoción, me alejé del dolor y encontré en la naturaleza un mapa espiritual para el consuelo y la regeneración”. No es fácil describir la práctica de Ugo Rondinone (Brunnen, Suiza, 58 años), pero el artista simplifica la tarea señalando ese punto tan concreto de su vida. Desde entonces, añade, la contradicción se convirtió en el motor de su obra. “Mi trabajo se organiza mediante dos formas opuestas de mirar: hacia dentro de uno mismo o hacia afuera, a la naturaleza”.

Rondinone habla desde el Petit Palais de París, el cual ocupaba el pasado otoño —de forma abiertamente disruptiva— con sus esculturas de cuerpos humanos suspendidos del techo o sentados en el suelo. También había un frenético vídeo con danzas tribales proyectado dentro de una construcción cilíndrica que se había plantado en mitad del edificio. Ha repetido la operación en el Museo de Arte e Historia de Ginebra, donde hasta el 18 de junio sus obras dialogan con simbolistas del siglo XIX. Contestatario incluso contra sí mismo, Rondinone ha construido su carrera profesional acumulando opuestos. “Inicié dos grupos de pintura simultáneamente: uno, los grandes paisajes en tinta inspirados en Goethe, se enfocaba al pasado, y el otro, las pinturas concéntricas con aerógrafo (*Sun paintings*), al futuro”. *Seven Magic Mountains* (2016), quizá su obra más conocida, siete tótems de rocas pintadas en colores rabiosos y apiladas hasta alcanzar los 10 metros de altura, en pleno desierto de Nevada, integraba dos tendencias artísticas en teoría irreconciliables: “Era como instalar *land art* en la ciudad y *pop art* en la naturaleza, un juego de contrastes entre el entorno natural y el artificial”.



Cabe buscar en su infancia otro origen para esa tensión entre extremos. Nació en una Suiza “de postal” de padres inmigrantes originarios de Matera (Italia), ciudad conocida por sus ancestrales construcciones rupestres, en la cual pasaba las vacaciones de verano con su abuela. “Esos dos mundos no podían ser más diferentes: por un lado, el lago azul y los prados verdes de Brunnen y, por otro, el paisaje árido de piedra caliza marrón grisácea de Matera”. Después, en Zúrich, trabajó como asistente de Hermann Nitsch, accionista vienés conocido por sus oscuras *performances* rituales llenas de violencia, un lugar del que afirma sentirse muy alejado a pesar de que en su día le fascinara por su ritualidad mística: “Me veo a mí mismo como un artista de la luz. Y el color es la luz del mundo. No quiero levantar muros entre el espectador y yo, sino abrir puertas y ventanas”.

En 1988 se casó con su amiga y compañera de estudios Eva Presenhuber, galerista que hoy representa su obra, porque ella era austriaca y eso facilitaba el abrir galería en Suiza. Pero afirma que su único matrimonio de verdad es el que lo unió con el poeta y artista norteamericano John Giorno, 28 años mayor que él, que en la década de los sesenta estuviera vinculado sentimental y profesionalmente con Andy Warhol: “Llegué a Nueva York en la primavera de 1997 y conocí a John unas semanas después. Fuimos una musa el uno para el otro, y amantes y socios hasta su muerte en octubre de 2019”.

Antes, tuvo tiempo de dedicarle, como comisario, una retrospectiva en el Palais de Tokyo parisiense (2015) que, con motivo del 80 cumpleaños de Giorno, se expandiría por 13 ubicaciones de Manhattan. *Ugo Rondinone: I ♥ John Giorno* se basaba en la idea del archivo personal, y ponerla en pie fue una tarea titánica: “Contraté a dos archivistas que durante cuatro años clasificaron 12.000 documentos que organicé en 80 libros; uno por cada año de la vida de John”. Un vídeo, *Thanx 4 Nothing*, mostraba a Giorno leyendo uno de sus poemas. Habría que estar hecho de amianto para no emocionarse. “¡La explicación a eso es el propio John Giorno!”, asegura Rondinone. “Si se hubiera hecho con otra persona no habría sido igual. Estaba en la cumbre de su capacidad mental. Y aún siento que sigue conmigo”.